



Candia
McWilliam

LA TIERRA EN LITIGIO



Annotation

Los personajes de la novela emprenden un viaje en velero por Nueva Zelanda. Cada uno poco a poco desata su personalidad y se muestra, con la tempestad, tal como es. Las relaciones entre ellos cambiarán ya para siempre. Su apego a la tierra de origen, a su identidad en definitiva, se resiste a desvanecerse.

La autora, una escocesa que vive en Inglaterra, se aventura en una introspección de los personajes en base a su pasado y al conflicto nacional planteado entre escoceses e ingleses por la tierra fronteriza -también de sus personalidades- qué los divide.

CANDIA MCWILLIAM

La tierra en litigio

Traducción de Ersi-Marina Samará

Editorial Thassália s.a.

Sinopsis

Los personajes de la novela emprenden un viaje en velero por Nueva Zelanda. Cada uno poco a poco desata su personalidad y se muestra, con la tempestad, tal como es. Las relaciones entre ellos cambiarán ya para siempre. Su apego a la tierra de origen, a su identidad en definitiva, se resiste a desvanecerse.

La autora, una escocesa que vive en Inglaterra, se aventura en una introspección de los personajes en base a su pasado y al conflicto nacional planteado entre escoceses e ingleses por la tierra fronteriza -también de sus personalidades- que los divide.

Título Original: *Debatable Land*

Traductor: Samará, Ersi-Marina

©1995, McWilliam, Candia

©1998, Editorial Thassália s.a.

ISBN: 9788482370903

Generado con: QualityEbook v0.87

Candia McWilliam:

La tierra en litigio

TÍTULO original: *Debatable Land*

1995, Candía McWilliam

1998, de la traducción: Ersi-Marina Samará

1998, de la presente edición: Editorial Thassália s.a.

Primera edición: julio 1998 ISBN: 84-8237-090-1

Los trópicos se desvanecen, y me parece que yo,
El de Halkerside, del Allermuir supremo,
O del Caerketton escarpado, vuelvo a mirar con ojos
soñadores. Perdida entre los campos y los bosques, la ciudad
que contemplo Destaca valerosa contra la aguada de
sus humos, Peñascos, torreones y agujas, banderas en su
fuerte

Inviolable. Alrededor, en las laderas que descienden
hacia el mar, Chispean nuevos pliegues de ciudad. Por último,
quedan las aguas caudalosas de Forth

Wheels, con sus islas sacrosantas,

Y el populoso Fife, que humea con pueblos a docenas.

Allí, en la extensión soleada de un monte,

Junto a la casa de los reyes, reposan los muertos, Mis
muertos, los preparados y los fuertes de palabra. Sus obras,
incrustadas de sal, sobreviven para siempre...

De las *Canciones de viaje*, de Robert Louis STEVENSON



CUANDO ALEC era niño, la limpieza de su casa se hacía con tal esmero que parecía cumplir cierta función expiatoria. Pero no había manera de limpiar lo que yacía en las capas más profundas de la piel de su madre y de su padre, aquel distante hedor costero a pescado.

Hoy, Alee, hombre de casi cuarenta años, miraba por la ventana de su hotel el mar del sur, a cuyos cuidados estaba a punto de entregarse. Había hecho el equipaje y ya no le quedaba más que reunir sus pensamientos. Al otro lado del bulevar en el que se encontraba el hotel se abría un rincón del Pacífico, un margen dócil y sedoso de la profundidad marina. Aguas adentro, bajo el azul del ancho cielo, contemplaba una extensión inmensurable. Su Mar del Norte nunca había alcanzado un azul tan difuminado. El aire caliente de aquí no se movía, sino que, suspendido, iba hundiéndose bajo su propio peso. Pensó en el aire ligero de Escocia.

El recuerdo logró alejar un poco la añoranza.

Había tenido que llegar tan lejos de casa para poder reconocerla con claridad. Como pintor, vivía de la luz, y temía que la luz se extinguiese en su cabeza. Puesto que había tomado la decisión de embarcarse con unos desconocidos, debía mantener su palabra y cumplir. Navegaría, comería, e incluso cobraría una pequeña suma. Había encontrado un barco. Ahora, sólo le restaba zarpar.

Un pasaje determinado de la *Odisea* presenta a Lirias hablando de una tierra en la que no había sal. Ulises se la menciona a Penélope, antes, incluso, de que vuelvan a dormir juntos después de su larga separación. ¿Preparaba Ulises el terreno para un nuevo y largo viaje, esta vez a la

tierra sin sal? ¿Se aseguraba Homero de que su épica acogiera la incertidumbre de las aventuras de la vida real? ¿O quizá nos describe, puede que sin darse cuenta, ese estado tan vacío de la existencia que impulsa a la gente a hacerse a la mar o a otra fuente cargada de temores, cuando no tienen necesidad para ello, cuando sienten que la insipidez de su vida cotidiana y una apatía mortal consumen sus días y sus obras? Sabemos que una tierra salada no puede engendrar vida, que un mar muy salado está muerto, pero también sabemos que, cuando nos vemos privados de ella, la anhelamos hasta el punto de llegar a lamer las piedras, si es preciso, para conseguirla.

Alexander Dundas se encontraba en ese estado de insipidez, cuando Elspeth Urquhart lo recogió de su hotel en la costa de Papeete, para llevarlo al Espíritu Ardiente.

Ninguno de los que tripulaba el barco necesitaba salir a la mar. Su dueño, el capitán, se sentía más feliz a bordo, a pesar de que poseía más de un ancladero en tierra. Logan Urquhart era un americano de origen escocés, de gran fortuna, que dudaba de su propia valía y se mostraba tímido—aunque resultón—con las mujeres. Siempre que tenía que enfrentarse al miedo físico, se veía obligado a repetir la experiencia, en intervalos de tiempo cada vez más cortos. Los miedos metafísicos también le asaltaban, pero retrocedían después de cada una de aquellas pruebas a que sometía al cuerpo y al espíritu. Como muchos otros hombres ricos, confundía la reflexión con la indecisión femenina, confusión que le costó la pérdida del intuitivo poder de autoconocimiento que tienen los grandes magnates.

Elspeth era su mujer, y le estaba agradecida por ello. Estaba enamorada del barco, y fue ella la que sugirió el nombre de Espíritu Ardiente, por razones personales, cuando Logan le pidió que pensara en un nombre para aquella belleza material que se iba gestando, lentamente, en las entrañas de un frío granero de cemento, en la costa este de Escocia. A pesar de las millas que llevaba recorridas por

mar, Elspeth todavía no se consideraba—como tampoco consideraba a su marido—una criatura marina. El nombre de Espíritu Ardiente se lo puso en honor al líquido que ha moldeado las costas de Escocia de una forma tan decorativa como destructiva, igual que sus mares. Su lugar en el mundo yacía oculto y sólo reconocible por las olas. No era ella la que bebía aunque, a menudo, hubiese preferido hacerlo. Temía no poseer el encanto del agua brava, y que su propio espíritu no fuese ardiente.

La presencia de otros permitía a Elspeth disimular su total desconocimiento sobre la vida marinera, bajo actitudes de excesiva compensación que la hacían parecer monstruosa, pero de las que no podía evadirse. Emprendía las tareas domésticas del barco con un vigor, casi masoquista, que los recién llegados notaban, comentaban y acababan tolerando, y que interpretaban como síntoma de una niña mimada en tierra o, tal vez, de una mujer sin hijos. El sistema de cambio de guardias cada cuatro horas era la única razón que conocía Elspeth para interrumpir su sueño nocturno. Elspeth era una mujer de aspecto dulce y de cuerpo desgarrado, pero bien disimulado. Logan tenía los cabellos rubios de un hombre castaño que se pasa media vida en el mar, y sus brazos se habían hecho fuertes como el hierro a fuerza de izar velas del tamaño del muro de un castillo.

El pañol de velas del Espíritu Ardiente era una caja, situada justo detrás del mástil principal. Cada vela ondeante se plegaba y, en silencio, se guardaba en su bolsa individual, todas etiquetadas con letras negras estarcidas sobre el terileno susurrante: Vela Mayor, Vela de Estay, Spinnaker nº 1, Spinnaker nº 2, Foque de Tormenta. Las velas que menos se utilizaban se guardaban en el castillo de proa, debajo de cuyo suelo se alojaba la máquina de coser que servía para remendar las velas desgarradas por el viento o agujereadas por los palos.

Dos hombres iban a dormir en el castillo de proa: Alee Dundas y Nick Pedersen. Alec había encontrado la oferta

de trabajo en un anuncio enmarcado por viejos velámenes y amarraderos resquebrajados en la lejanía de la costa inglesa, en la contraportada de una revista de navegación que ojeaba, mientras esperaba en el hospital a que Loma, la enfermera con la que vivía, saliera de trabajar para volver a casa juntos. En aquel hospital, la revista parecía irradiar los rescoldos de unas vidas increíblemente libres, vividas entre el cielo y el mar, y no entre vendajes e interrupciones de un sueño pesado. Leyó el anuncio:

Se necesita hombre fuerte con alguna experiencia en navegación para la última bordada de un viaje por el Pacífico. Se ofrece manutención y un buen sueldo. Interesados diríjense al Apartado THA7A55A.

Parecía bastante sencillo. Le salvaba de la monótona vida que llevaba y por la que sentía una total aversión. Había navegado un poco por la desembocadura del río, en Cramond, y conocía muchos términos marineros por sus libros de mar. Sus modales contenidos y el entusiasmo que transmitía le habían servido de recomendación a oídos de Logan Urquhart; esto y el hecho de ser escocés. Alee le escribió una carta, y hablaron dos veces por teléfono. Logan le envió un pasaje aéreo, explicando que lo normal era contratar a la tripulación en el puerto, pero que Alee le había caído muy bien. De aquello Alee dedujo que estaba a punto de entrar en un mundo de libertades y restricciones desconocidas por él hasta entonces. Se sintió como si se estuviera enrolando en el ejército. Le embargó un sentido iluminado del deber y un abandono hermoso, casi antinatural.

Mairi, la madre de Alee, decía que sus manos estaban hechas de jamón curado por haber trabajado toda la vida en el destripamiento y fileteado del pescado que llegaba a las plantas de tratamiento. Levantaba su mano callosa y le

acercaba un cuchillo tembloroso para mostrar cómo quitaba las lonchas de sal, justo en el borde.

Para poder sostener el pescado, para evitar que les saltara de las manos, su madre y las restantes chicas de la planta se salaban ambas manos con regularidad, hundiéndolas en grandes cubas de sal sin refinar. Cada chica tenía su propio cuchillo, una hoja de acero negro, con su nombre, en el asa de madera, marcado con un alambre al rojo vivo. Por la noche, dejaban sus cuchillos en la planta. Con el paso del tiempo, los cuchillos se adaptaban, igual que las estilográficas, a la medida de la usuaria. Algunos pasaban de madres a hijas. El promedio era de cuarenta peces por minuto, siempre que fuesen pequeños, como los arenques.

Su madre decía que era capaz de sentir con la hoja del cuchillo, una débil descarga casi magnética que la recorría como un temblor, si el pescado tenía huevas, siempre que no lo hubiese adivinado antes por el aspecto abultado de su panza. Podía sentir con el cuchillo la textura del pescado, cómo, escama por escama, se separaba la carne de la espina. Para ella, la frescura del pescado no era una simple cuestión de olor. Cuando la carne empezaba a estropearse, lo notaba y sabía que el pescado se había echado a perder.

El suelo de la planta de elaboración les proyectaba hacia las piernas un frío penetrante como el hielo. Además resbalaba con la maraña de tripas que no habían acertado a colarse en los cubos. Las tripas de los peces pequeños tenían el aspecto de ovillos, y las gatas que merodeaban por allí jugaban con ellas y hacían niditos. Las vejigas se esparcían como bolitas de mercurio y se hacían muy duras de pisar, incluso con suelas de caucho. Limpiaban el suelo dos veces al día con un desinfectante que apestaba a gato y a lo que los de la ciudad confundían con el olor a abeto. El suelo tenía una leve inclinación que terminaba en el muelle, para que el agua y las tripas pudieran correr por los peque-

ños desagües que conducían a los canalones del puerto, donde aguardaban las gaviotas.

Le contaba que, de vez en cuando, esas gaviotas cazaban a los gatitos recién nacidos, ciegos o apenas capaces de vislumbrar sombras con sus ojitos de mármol lechoso. Las gaviotas les arrancaban los ojos de pasada, sin molestar en devorar el resto de la presa. Su madre había aplastado a uno de esos gatitos con una piedra, aunque le doliera hacerlo. El animalito les maullaba a las gaviotas. Éstas le respondían con el eco burlón de sus propios maullidos. El asesinato del garito se había realizado con una precisión tan quirúrgica que, si no fuera por sus ojitos vacíos, el animal parecía sano y esperanzado.

A veces, las gatas escondían a sus pequeños entre los sacos de sal, detrás de los almacenes. Las criaturas, desnudas y ciegas, no podían evitar la sal. Así que, entre los sacos tiesos de yute, aparecían camas— das saladas, rosáceas y rígidas. Si apartabas los gatitos salados del tejido crudo de los sacos, su áspera textura aparecía grabada en sus costados y los cristales de sal quedaban atrapados en los pliegues de su piel. Se podía apreciar todo lo que había de convertir a esa cosita en un gato, todo apenas esbozado pero presente: las solapitas de las orejas, el triángulo de la nariz, las almohadillas de las patas como frambuesas blancas. Estaba todo allí, excepto el lujo tardío de la piel y los bigotes.

Había un gato perseverante de color anaranjado que seguía a la madre de Alee cuando ésta salía de trabajar, a veces hasta la parada del autobús, en Leith Walk. Se levantaba sobre sus patas traseras y le daba golpecitos en las manos, como si tratara de podar una pluma. Sus testículos sobresalían por detrás como albaricoques debajo de la cola. La madre de Alee creía que el olor del pescado se le había calado hasta los huesos. Podía imaginarse, decía, cómo las gatas escarbaban para mordisquear su cadáver y le chupaban los huesos de sus dedos.

Jim, el padre de Alee, decía que no podía olerlo, pero eso no era difícil de extrañar. Era pescatero. Por supuesto, ella le olía a él, por mucho que se limpiara y se cambiara la bata blanca a diario. La nariz de su madre detectaba todos los matices; padecía, como el propio Alee, de un perfecto sentido del olfato. Lo captaba todo: el olor aceitoso de los arenques, la peste salada y sangrienta de la caballa, la blandura del bacalao, el vapor de las huevas cocidas, el olor a humo y a zoo de los ahumados, lodo estaba allí, en su pelo, en sus manos, en los pliegues de su piel.

Su furgoneta azul, la que compartía con Fordyce Macrae, su socio, tenía estantes de madera y soportes para mantener los cubos derechos en sus recorridos de entrega por las colinas de la ciudad. Las sobras las vendía a las amas de casa antes de ir a trabajar a la tienda. Aparcaba la caravana junto al reloj de Canonmills, al lado de las Aguas de Leith. Las mujeres esperaban en una cola desordenada, con los capazos listos para la pesca de la mañana. Todas, sin excepción, llevaban un sombrero o un pañuelo en la cabeza. El cabello suelto es algo muy moderno. El padre de Alee empaquetaba incluso los pedidos más pequeños: dos rayas para el ama de llaves de un ministro de la iglesia y una rodaja de merluza para un viejo sin dientes. Cogía el pescado con la mano izquierda y lo colocaba en el mismísimo centro del primero de una pila de papeles de color gris azulado, y lo doblaba como si fuera un sobre para evitar goteos; en el último momento, retiraba la mano izquierda y daba al paquete un golpecito definitivo. Escribía los recibos con cuidado en un bloc encabezado con los nombres de «Dundas y Macrae». Todos sus gestos eran ágiles. Se encontraba en su medio. Las calles de Edimburgo, plateadas a la luz temprana de la mañana, le parecían ríos.

Mairi no era tan marinera. Tenía miedo del mar que, una noche, había alcanzado a su abuelo en la cubierta y lo había colado en el fondo de una red cargada de estrellas de mar. El peso ominoso de las estrellas enredadas llenó de

angustia a los pescadores antes de que pudieran encontrar un hombre allá dentro, un camarada ahogado y convertido en una masa de estrellas musculosas y hambrientas.

A Alee le había puesto el nombre de Alexander por el abuelo, y había depositado en él su esperanza de salvación, optimista y transparente como un mensaje dentro de una botella.

No es que no le gustara el pescado. Es sólo que preferiría verlo en su lugar. Por las noches, cuando olía su sueño mezclado con el de su padre, pensaba que aquel olor no podía ser el de animales de sangre caliente que descansaban entre sábanas y bajo mantas de lana, en una casa en tierra firme, sino el de focas que dormían entre algas y plancton. Y era entonces cuando sentía que la cubierta resbalaba, que perdía el equilibrio y que el mar la engullía.

Quizá fuera en las mañanas que seguían a esas noches cuando se ponía a limpiar con más empeño de lo habitual, frotando, restregando y fregando hasta dejar la casa tan limpia de olores y de polvo, tanto que su efecto involuntario sólo podía ser marino.

Nick Pedersen llevaba un par de zapatos y unas gafas que le colgaban del cuello de un cordón ennegrecido por la sal, el aceite y el sudor. Vivía en el mar donde se sentía cómodo siempre que soplaban el viento. Su serenidad y su hablar pausado le concedían ese aire de tranquilidad, su gran baza a la hora de engatusar a la gente. Su vida había empezado en las fundiciones de Essex. En las prensas de metal su padre dejaba caer letras sostenidas por pinzas, las espaciaba con tensas y hermosas separaciones afianzadas por la prudencia y el metal y les daba formas nuevas. Cuando Nick vio que el trabajo al que quería dedicarse estaba en vías de desaparición, le habló a su padre de su idea de hacerse al mar, y su padre le dijo que lo hiciera mientras quedase espacio en el agua. Habló del mar como si se tratase una página cada vez más asfixiada de letras mal espaciadas.

Nick era admirado en muchos puertos por su paciencia. Podía arreglar todo tipo de motores, hasta los más caprichosos, incluso los motores de las neveras. Él no veía la necesidad de ser paciente, ya que era el interés lo que le impulsaba a desvelar las preguntas que se le planteaban para volver a montarlas como respuestas. Tenía cara de empollón y dientes de pirata, y ese cuerpo de tritón que muchos asocian a los intelectuales. Su reputación le precedía en los puertos. Logan había hecho correr la voz por todos los puertos del Pacífico de que, si lo deseaba, habría un lugar para él en la última bordada del Espíritu Ardiente, en su viaje desde el canal de Panamá hasta Nueva Zelanda. Los chismorreos cruzan los océanos como estornudos violentos; las habladurías llegan a las islas de madrugada, se multiplican con la salida del sol y reemprenden su camino para poblar e infectar el atolón siguiente, antes de la caída repentina de la noche. Nick sintió curiosidad por el barco y fue a su encuentro en las Marquesas.

Sandro Hugues era neozelandés. Si Escocia es el pueblo que más emigrantes ha esparcido por la tierra, Nueva Zelanda debe ser la que más ciudadanos lanza al mar, no sólo por su potente armada. Tiene más barcos que personas en el mar, del mismo modo que tiene más ovejas que gente en tierra firme. La madre de Sandro procedía del norte de Italia. Tenía en Auckland un restaurante llamado El Mantel a Cuadros, en el que se servía comida italiana con sabor neozelandés. Los abogados iban, cada noche, a tomar su cóctel de ostras servido en copa de helado. Cualquiera de sus dos apuestos hijos podía servir las mesas. Combinaban perfectamente la meticulosidad de la madre con la aversión del padre por todo aquello que consideraba servilismo.

Sandro y su hermano, Luea, alternaban sus períodos de ausencia del piso que la familia tenía sobre el restaurante, para ahorrar a su madre la soledad que suponía la vida al lado un hombre que no vacilaba en despreciar la tierra